

Augsburgo proseguían sinceramente la unión, pusieron de manifiesto la antinomia esencial de ambas doctrinas.

El 19 de Noviembre de 1530, un decreto imperial dispuso la aplicación rigurosa del edicto de Worms; la jurisdicción episcopal se debía restablecer en todas partes, y los dominios eclesiásticos confiscados se devolverían á sus poseedores legítimos. Era una verdadera declaración de guerra contra los protestantes, bastante poco seria porque Carlos V no estaba decidido á abrir en seguida las hostilidades, y muy imprudente porque sabía que los príncipes católicos no le sostendrían. Sirvió, sobre todo, los designios de Felipe de Hesse. Apremiado por las circunstancias, el Elector de Sajonia olvidó sus escrúpulos, las ciudades sus desconfianzas contra los príncipes, los sacramentarios sus rencores contra los luteranos. En el mes de Diciembre de 1530 se acordó una Liga defensiva en Smalkalda, entre Hesse, Sajonia, varios príncipes secundarios y las ciudades de Magdeburgo y de Brema. Durante los meses siguientes se adhirieron á la Liga Estrasburgo, Ulm, Constanza, Memmingen, Lindau y Lubeck, y más adelante Goettinga, Goslar, Brunswick, etc. La derrota y muerte de Zwinglio en Cappel (11 de Octubre de 1531) suprimieron la más clara de las causas de división que debilitaban á los protestantes de Alemania. Las reuniones de Nordhausen y de Francfort (Diciembre de 1531) dieron á la Liga de Smalkalda su organización definitiva: Sajonia y Hesse se repartieron su dirección política.

Aunque las ciudades constituyesen quizá el elemento más sólido de resistencia, y en cualquier caso sus recursos económicos fuesen los únicos que permitían á los príncipes entablar y sostener la lucha, se veían relegadas á segundo término. Verificábase una doble evolución paralela. Las cuestiones religiosas se iban subordinando cada vez más á las cuestiones políticas y se iba señalando con mayor claridad la preponderancia del elemento principesco. Seguía estando en juego la unidad católica, pero también lo estaba la constitución de Alemania. La Liga tenía por aliados naturales á quienes temían la ambición de Carlos V (fueran católicos ó

protestantes, y á despecho de las repugnancias de muchos de sus miembros, desde que la intransigencia de Lutero le había separado de los suizos, no estaba en libertad la Liga de rechazar el apoyo que del exterior se le ofreciera. De modo que iba á verse impulsada á intervenir más directamente en la política europea.

Apenas había nacido, cuando la casa de Wittelsbach, á pesar de su ferviente catolicismo, imploraba su apoyo contra los Habsburgo (Octubre de 1531), y en la primavera de 1532, Sajonia y Hesse firmaban una alianza con Baviera y Francia. Amenazado por Solimán, abandonado por Clemente VII, Carlos V aplazó una vez más sus proyectos de venganza, y la paz de Nuremberg decidió que hasta el próximo concilio, ó á lo menos hasta la próxima Dieta, no se molestaría á los príncipes disidentes; quedaron en suspenso todas las causas pendientes ante el Tribunal del Imperio por causas religiosas (1532). Á pesar de ciertas cláusulas restrictivas, era aquel un triunfo considerable para los protestantes: el emperador pactaba con la herejía por primera vez. Tenacísimo entre sus olvidos aparentes no renunciaba al desquite, pero compraba el plazo necesario para vencer á sus enemigos exteriores. Transcurrieron otros diez años, empleados en las guerras de Francia é Italia, antes de poder reanudar sus proyectos.

Había comprendido que no vencería á la Reforma más que dando satisfacción á las necesidades legítimas que la habían originado, y que no restablecería la autoridad de la Iglesia romana como no impusiera á la Curia la supresión de los abusos más escandalosos. En este punto sufría la influencia de España, tan independiente en su abnegación al papa, tan ardiente y rígida en su devoción, y de la cual partió el movimiento de restauración católica. No dudaba, por otra parte, poco ni mucho, de su derecho á intervenir en los asuntos religiosos. Su modo de comprender la misión imperial era muy amplio y elevadísimo; continuador de Carlomagno, su alto protectorado, cuyas cargas aceptaba sin reserva, entrañaba deberes que pensaba cumplir sin debilidad.

Las reformas con las cuales esperaba atraerse á los disidentes eran odiosas á la Curia, cuya arbitrariedad habían de restringir y cuyas riquezas habían de amenguar, pero más que las reformas, el Papado temía el concilio que reclamaba Carlos V y que habría sido el único con voluntad para dictarlas y fuerza para ejecutarlas. Las intenciones del emperador, amenazadoras para su absolutismo religioso, parecían tanto más desagradables á los papas cuanto que sus intereses temporales los ponían ya fatalmente en oposición con él. Se esforzaron, pues, en dificultar su política por todos los medios, convirtiéndose así en aliados indirectos, pero eficacísimos, del protestantismo. El emperador tuvo que empezar por la conquista de la Curia, y el único medio para conseguirla era irle quitando sus apoyos exteriores y demostrarle á fuerza de victorias la inutilidad de todo ensayo de resistencia. La derrota de Europa había de ser, por lo tanto, como un prólogo de la sumisión de Alemania, que

era la única que podía hacerla definitiva. Pero mientras proseguía aquel movimiento envolvente muy extenso y complicado, el protestantismo ganaba terreno. En 1534, el landgrave de Hesse, sostenido por los subsidios de Francia y la connivencia secreta de varios príncipes católicos, había asesinado un golpe tremendo á la influencia austriaca; gracias á él, el duque Ulrico de Wurtemberg, cuyos Estados ocupaba Fernando desde 1520, recuperó sus dominios. Los austriacos fueron derrotados en Lanfen, junto al Neckar, y la paz de Cadun devolvió su corona al duque (1534). Tan rápidos eran los progresos del protestantismo, que hasta la Curia, atacada por todas partes, renunciaba, al parecer, á la lucha. Enri-



El landgrave de Hesse (De un grabado antiguo)

que VIII, por el Acta de supremacía se declaraba jefe de la Iglesia de Inglaterra y Francisco I invitaba á Bucer y á Melancton á pasar á Francia; los reyes de Suecia y Dinamarca confiscaban los bienes del clero; en Polonia la mayoría de las ciudades y de la nobleza eran favorables á la herejía, que el rey Segismundo cubría con tolerante indulgencia; hasta en los Estados de Fernando, en el archiducado de Austria, Hungría y Bohemia, los disidentes tenían mayoría en las Dietas. En Bohemia, sobre todo, el utraquismo que de tiempo atrás se iba consumiendo, se transformaba al contacto con las doctrinas luteranas, y las reivindicaciones de los protestantes eran tanto más amenazadoras cuanto que eran eco suyo las quejas del patriotismo checo y de la nobleza, irritados por las intrusiones del rey y los primeros ensayos de centralización.

En el Imperio, la fuerza de propaganda del protestantismo se acrecentaba con toda la influencia de la Liga política de Smalkalda,

que en 1535 se había prorrogado por diez años y á la cual se adhirieron Wurtemberg, Pomerania, Anhalt y las ciudades de Hannover y de Augsburgo. Las diversas sectas se iban aproximando unas á otras; el Concordato de Wittenberg (1536), aunque se basara en un equívoco y dejara la puerta abierta á nuevos conflictos, denotaba siquiera verdadero espíritu de conciliación y creaba relaciones casi amistosas entre suizos y luteranos. Dificultada, pero no atajada en el Sur, por la vigilancia de las casas de Wittelsbach y Habsburgo, la Reforma no encontraba al Norte ningún obstáculo á su marcha invasora. Apenas había muerto el duque Jorge de Sajonia, adversario irreconciliable de Lutero (1539), su hermano y sucesor Enri-

que introducía en sus dominios la organización eclesiástica protestante. La Reforma se establecía en la Marca Nueva (1535) y en Berlín (1539). Abades y obispos se pasaban á la herejía. Los que permanecían fieles al Papado no tenían menos las tendencias absolutistas del emperador que la victoria de los protestantes, y para obtener la protección de éstos se habrían comprometido á otorgarles la libertad religiosa. «El odio á Roma ha llegado á un grado tal—escribía el nuncio Vergeiro—, que ya no puede crecer», y en Viena le decían que bastaría una señal para sublevar á toda la nación, sin exceptuar mujeres y niños, contra el papa.

LOS ANABAPTISTAS.—Las conversiones de última hora rara vez obedecían á sinceras convicciones religiosas, y generalmente se basaban en intereses materiales. Al extenderse la Reforma, prisionera del mundo á su vez, perdía su primitivo fervor. Pero si sus teólogos olvidaban el interés primitivo de la revolución, no á todos les pasaba lo mismo. Las ideas radicales y místicas no habían desaparecido por completo con la rebelión de los villanos, y de cuando en cuando una explosión violenta recordaba desagradablemente su persistencia á los directores oficiales de la herejía. En el estado actual de los espíritus, tenían que fracasar aquellas manifestaciones, pero no dejaban de tener gran importancia. Los príncipes defendían principalmente la apariencia y como la forma de la revolución; las sectas radicales salvaron su materia misma y en medio del rebajamiento de las almas fueron las depositarias de la llama santa que había iluminado la juventud de Lutero. De ellas salieron los puritanos, los independientes, los pietistas y en general todas las sectas que en el seno del dogmatismo oficial sostuvieron el espíritu de libertad, de amor y de vida.

El más célebre de los episodios que demuestran la resistencia que la nueva ortodoxia encontraba en el pueblo es la dominación de los anabaptistas en Münster. De todas las sectas que, por amalgama singular de instintos retrógrados y de aspiraciones atrevidas, reclamaban la libre interpretación de la Escritura y pretendían restablecer en

toda su pureza el ascetismo monacal de la Edad Media, la más extendida en aquel momento era la de los anabaptistas. Herederos bastante incoherentes de los místicos alemanes, de valdenses y husitas, mezclaban sin hipocresía ansiosas codicias con su exaltación religiosa. Abundaron mucho al principio en la Alemania del Sur, donde Carlstadt, Tomás Munzer y el bávaro Juan Deuck, fueron sus primeros discípulos. En 1525 admitieron la necesidad de un segundo bautismo, que fué la señal exterior de su fe. Recogían prosélitos por regla general entre los humildes, los ignorantes y los pobres. Los poderes establecidos se asustaron de sus predicaciones anarquistas y los persiguieron sin compasión. Especialmente en los Alpes y en los Estados de Fernando, millares de víctimas fueron enviadas á la muerte. Tales crueldades exaltaron las almas, provocaron numerosos casos de locura religiosa, visiones y éxtasis. Las doctrinas quiliásticas estaban aún muy extendidas y el mismo Lutero creía próximo el fin del mundo; como antes los taboritas, los anabaptistas aguardaban la venida del Profeta que había de realizar la ley, castigando á los culpables, vengando á los santos y estableciendo en la tierra el reinado de la justicia y de la dicha.

La guerra de los aldeanos quebrantó toda energía de resistencia en el Sur. El Norte no padeció tanto. Melchor Hofmann, zurrador de Schwaebisch-Hall, había llevado á Estrasburgo las doctrinas anabaptistas. De allí se esparcieron por la Baja Sajonia y Holanda. Bajo aquel cielo triste y nublado, cerca de una población inclinada al ensueño y á la exaltación, los apóstoles de la revolución encontraron numerosos prosélitos; los Países Bajos han sido en todo tiempo tierra de elección para los místicos. El gobierno era allí muy duro para los disidentes. Carlos V, más libre en sus dominios inmediatos que en el Imperio, había dado á su hermana María, la regente, órdenes implacables, que ésta seguía con bastante exactitud. Los conciliábulos de los protestantes reunían á obreros enervados por el peligro, desequilibrados por una vida de fatigas y privaciones; los discípulos de Hofmann penetraron en ellos y los dominaron

pronto. El más osado y elocuente de ellos, Juan Mathys, panadero de Harlem, reunió á los descontentos y organizó la propaganda. Fueron bastante bien acogidos, en Westfalia especialmente, donde reinaba de años atrás viva agitación. El pueblo, favorable en general á la Reforma, estaba en lucha con los poderes públicos, y en todas partes las reivindicaciones democráticas se mezclaban con los deseos de libertad religiosa. En Münster, el obispo se vió obligado á ceder á las reclamaciones de la muchedumbre y autorizó la predicación del Evangelio (1533). En la ciudad los exaltados eran numerosos; cuando llegaron los apóstoles de Mathys, y á su frente el joven y hermoso Juan Benckelson de Leyden, se apoderaron del gobierno. Mathys primero, y cuando éste pereció, Juan de Leyden, sometieron á la mayoría aterrada al mando de los santos. Proclamaron la poligamia y la comunidad de bienes. La buena fe de los defensores del Profeta era sincera; el mismo Juan de Leyden, «Juan el Justo en el trono de David», ambicioso y egoísta, creía, explotándolas en

provecho propio, en las profecías que le prometían el gobierno del mundo.

El obispo de Münster, abandonado á sus propias fuerzas durante todo un año, era impotente para someter á los insurrectos. Pero éstos estaban aislados; los apóstoles que habían enviado estaban en la cárcel; los motines que en favor suyo estallaron en algunos sitios, fueron reprimidos. Después de una resistencia heroica sucumbieron, y el obispo volvió á su ciudad (24 de Junio de 1535). Juan de Leyden y sus principales oficiales perecieron entre suplicios espantosos. Á los pocos meses sucumbía en Lubeck el burgomaestre Jürgen Wullenwoewer, en el



Paracelso (De un grabado antiguo)

cual habían resucitado momentáneamente la ambición activa y el orgullo democrático de los Hansa. Durante cierto tiempo habían temido los príncipes que se pactara entre los demagogos de Lubeck y de Münster una alianza, cuyas consecuencias podían ser incalculables y que acaso habría sido señal de una sublevación popular general; como en 1525, los revolucionarios habían ido al combate sin preparación ni plan determinado, y eran víctimas de la incoherencia de sus esfuerzos como de lo exagerado de sus deseos. De todos modos, las doctrinas radicales no desaparecieron por completo; Gaspar Schwenkfeld de Ossing (1490-1561), uno de los precursores del pietismo; Sebastián Franck de Donanwerth, el célebre médico Paracelso de Hohenheim (1493-1541), para no mencionar más que los muy conocidos, protestaron en nombre de la conciencia individual contra la nueva ortodoxia luterana. Pero su generoso valor reservaba el porvenir sin cambiar nada en lo presente. La derrota de los anabaptistas desembarazaba á

los luteranos de su extrema izquierda que los comprometía y molestaba, y constituía un nuevo triunfo para el protestantismo principesco. Nunca había parecido éste más fuerte, mejor afirmado, más dueño de sí mismo. Diversas señales predecían no obstante la proximidad de un periodo de decadencia, y la Liga de Smalkalda entraba en disolución en el mismo momento en que la Iglesia católica hacía cara en todas partes á sus enemigos, y en que Carlos V se veía por fin en libertad de reanudar sus proyectos.

### III.—La reacción austriaca

LA GUERRA DE SMALKALDA; BATALLA DE MÜHLBERG.—Mientras que por una especie

de despertamiento del instinto de conservación la Iglesia católica empezaba á recobrar fuerzas, el emperador iba madurando sus proyectos de ofensiva. Lo estéril de los coloquios de Worms (1540) y de Ratisbona (1541-1546) había robustecido su convicción de que la violencia era el único medio de acabar con la herejía; sus victorias recientes le hacían más odiosa la insolente resistencia de los príncipes, y las enfermedades que afligían su precoz vejez acrecentaban su devoción; el tiempo le hostigaba, y pensó que había llegado la hora de terminar su obra en la tierra, mereciendo así la clemencia divina para su alma. Los protestantes, algo alarmados, apartaban la mirada del porvenir, embriagados por los favores persistentes de que los colmaba la fortuna; completamente dueños de la Baja Alemania, conquistaban poco á poco el Rhin; el Elector Palatino comulgaba con ambas especies (1546); el duque Guillermo de Clèves-Juliers se pasaba abiertamente á la herejía, y Hermann de Wied, arzobispo de Colonia, llamaba á Bucer y á Melancton.

Seguían los progresos de la Reforma más por una especie de velocidad adquirida que por la iniciativa de sus directores; las resoluciones vigorosas permitidas por tales éxitos, y que habrían sido las únicas que los hubieran hecho definitivos, se iban aplazando; la mayor parte de los príncipes afectaba un lealismo inconsecuente para ahorrarse sacrificios que repugnaban á sus instintos de egoísmo y anarquía. La Liga de Smalkalda no había pasado de una organización rudimentaria; no estaban bien determinados los deberes de los coligados ni los derechos de los jefes, y se iba disgregando poco á poco bajo la presión de rivalidades intestinas. El landgrave de Hesse, que había tomado la iniciativa y que era el único en sostenerla, se había comprometido en un asunto escandaloso, y que tuvo gran resonancia: cansado de su mujer—á pesar de que le había dado siete hijos—, voluptuoso y místico, incapaz de resistir á sus caprichos amorosos y torturado por las reconvenções de su conciencia, que le tuvieron sin comulgar quince años, tuvo la ocurrencia estrambótica y característica en aquella época de pedir

á los principales teólogos de la Reforma autorización para tomar otra esposa. Lutero, á quien la superstición de la Biblia había inducido alguna vez á tendencias muy amplias sobre el matrimonio, tuvo la culpable debilidad de autorizar la unión del landgrave con Margarita de la Sale, dama de honor de su hermana, y se celebró aquella boda poligámica en presencia de Bucer y Melancton (1540). No tardó aquello en saberse y armó en toda Alemania un escándalo extraordinario, acrecentado por las torpes y tenaces negativas de Lutero que no retrocedía ante un embuste público con la esperanza de defender á su partido. Falto de consideración, irritado contra sus aliados que le abandonaban sin piedad, Felipe se acercó á los Habsburgo y arrastró consigo á un príncipe joven, enredador y ambicioso, á quien las circunstancias iban á colocar en primera fila, á Mauricio de Sajonia. Desde aquel momento la Liga de Smalkalda se veía en gran peligro, y no se atrevió á proteger á Guillermo de Clèves contra un ataque de los españoles (1543) ni á sostener abiertamente á Hermann de Wied que, condenado por una bula pontificia, se vió pronto en apurado trance. «La observación de estos sucesos—leemos en las Memorias de Carlos V—hizo abrir los ojos al emperador; comprendió que no era imposible reprimir, empleando la fuerza, insolencia tan grande, sino que sería fácil empeño de emprenderlo en condiciones favorables y con recursos convenientes.» El turco estaba tranquilo; el papa ofrecía subsidios; Francisco I acababa de firmar la paz de Crespy (1544), y aviejado y atareado con la guerra que seguía contra Enrique VIII no parecía temible. Habría sido muy imprudente retrasarse.

En el momento en que se formaba la más terrible tormenta que había amenazado hasta entonces al protestantismo, Lutero, gastado por una labor prodigiosa y enfermo desde hacía varios años de mal de piedra, falleció durante la noche del 17 al 18 de Febrero de 1546. Sus últimas palabras fueron de esperanza en Dios y de ira contra el papa. Fué hasta el final lo que había sido durante toda su vida: un gran creyente y un soldado de la verdad. Sus adversarios le

podrán echar en cara sus contradicciones, las violencias de sus polémicas y el furor de sus arrebatos; la Iglesia fundada por él sufrió mucho tiempo las consecuencias funestas de sus negligencias y de su intolerancia. Á pesar de sus defectos, la verdad es que pocos hombres han ejercido en la marcha de la Humanidad una influencia tan decisiva, y que pocos actores ilustres de la Historia pueden compararse con él. No fué un santo, como han supuesto ciertos apologistas torpes, pero fué un gran corazón, tierno y fuerte, valiente y misericordioso, abierto á todos los padecimientos como á todas las alegrías de la vida.

¡Días de luto para la Reforma! Á pesar de lo inminente del peligro, los protestantes no despertaban de su letargo. Carlos V pensaba sorprenderlos unos á otros, aplastando primeramente á Hesse y á Sajonia; reducidas éstas á sus solas fuerzas, sucumbirían sin combatir, y Alemania quedaría esclavizada antes de poder pensar en la resistencia. Esforzábese en



Juan Federico, Elector de Sajonia (Grabado antiguo)

dar á la guerra un aspecto completamente político, como si no combatiera más que á rebeldes y no á herejes. Realmente, como ocurrió más adelante en la guerra de Treinta Años, estaban íntimamente relacionadas la religión y la política. Vencedores de los protestantes, los Habsburgo suprimirían la independencia de los príncipes, transformarían el Imperio y harían de Alemania la base sólida de la monarquía universal. Los luteranos estaban en completo desorden. El Elector Palatino les dió pocos soldados, y esos de mala gana. Otros se pasaron al emperador, como el Elector de Brandeburgo, que codiciaba los obispados de Magdeburgo y Halberstadt, y Mauricio de Sajonia, que encontró oportuna la ocasión para satisfacer

los rencores de los albertinos contra los ernestinos. Muy mal educado, sin instrucción, pero dotado de notable inteligencia natural, tan osado en los Consejos como en los campos de batalla, Mauricio representaba la generación joven de los príncipes protestantes que se habían formado en la escuela de Carlos V y de los diplomáticos italianos más que en la de Lutero y que no solían ver en la herejía más que un pretexto para extender sus dominios. En aquella generación muy realista, poco escrupulo-

sa, cuyas necesidades religiosas eran escasas y que no tenía calor en el alma más que para la ambición, no había otro más libre de preocupaciones, más indiferente en cuanto á los medios, más perspicaz ni más solapado. El emperador le prometió el Electorado de Sajonia, y Mauricio le entregó sus tropas contra sus correligionarios.

Á pesar de todo ello, vaciló un instante la fortuna. Los pueblos demostraban más abnegación que los príncipes; despertábase el

entusiasmo de pasados días; elocuentes liberales llamaban á la nación á la defensa de sus libertades y su fe. El poder de Carlos V era real, pero inestable; un fracaso le habría privado de la mayor parte de sus aliados, y hubiera provocado una nueva coalición europea. Las lentitudes del Elector de Sajonia y la mediocridad de los jefes protestantes, dándole tiempo para completar sus preparativos, le aseguraron la victoria. Cuando Juan Federico de Sajonia—Elector de Sajonia desde el año 1532—y Felipe de Hesse le atacaron por fin en Ingolstadt, había reunido de 30.000 á 40.000 españoles é italianos, que se portaron bien; los príncipes, después de un cañoneo insignificante, se replegaron, y su retirada convirtió en desorden una escara-

muza. Las ciudades de la Alta Alemania se desalentaban; gran parte de la clase media principal era católica; la interrupción del comercio con España, Italia y las Indias les irrogaba grandes perjuicios; Fugger, Welsler y Baumgartner trataban con miramientos al emperador—que era deudor suyo—y arrasaban á la mayoría. Ulm, Aupsburgo, Francfort y hasta Estrasburgo se sometieron, pagando crecidas multas; el duque de Wurtemberg y el Elector Palatino aceptaron las condiciones del vencedor; Hermann de Wied renunció al electorado de Colonia. Á principios de 1547 toda la Alemania del Sur y del Oeste estaba á los pies de Carlos V.

Juan Federico esperaba un desquite, contaba con una rebelión de Bohemia, donde abundaban los protestantes, y que podría aprovechar la ocasión para librarse de los Habsburgo. El ejército que Fernando había reclutado contra Sajonia se había negado á seguirle (Diciembre de 1546). El mes de Marzo del año siguiente se abrió en Praga una Dieta insurgente, formuló un programa de reformas que le quitaban la autoridad al soberano, entregando á los Estados el gobierno del reino, y dispuso la formación de un ejército. La revolución de los checos se evaporó discursando; los diversos órdenes desconfiaban unos de otros; los nobles apoyaron con mucha tibieza un movimiento iniciado por las ciudades; los utraquistas moderados aborrecían á los hermanos bohemios, cuya influencia había dado origen á la Dieta. La unión del Elector de Sajonia con los checos habría puesto en gran peligro á Fernando, pero Pflug de Rabenstein, que mandaba á los checos, exigió una orden escrita á los Estados que, con intempestivos escrúpulos, se la negaron. Juan Federico se decidió entonces á replegarse hacia el Norte y á buscar asilo detrás de las murallas de alguna ciudad, como Magdeburgo, que poco tiempo después, abandonada á sus propias fuerzas, desafió la cólera imperial. Era demasiado tarde para librarse de Carlos V, que llegaba con un ejército superior. La batalla de Mühlberg (24 de Abril de 1547) no fué más que una serie de escaramuzas. Los sajones, sorprendidos en una retirada precipitada, se desbandaron al primer tiro; el

Elector, herido, cayó prisionero. Las ciudades todas de la Alemania septentrional, menos Magdeburgo, se sometieron. Felipe de Hesse se rindió á discreción (19 de Junio). El emperador, que había merecido su victoria por la habilidad con que la había preparado y por la energía extraordinaria con que había domado sus horribles padecimientos físicos, la deshonoró con su dureza. Aquel gran soberano tenía un alma mezquina, y lo demostró después de Mühlberg como después de Pavía. Los vencidos, tan medianos al guerrear, soportaron las humillaciones y torturas que les impuso Carlos V con una dignidad y una resignación que redimieron sus faltas y les devolvieron las simpatías populares.

TRIUNFO DE LOS HABSBURGO.—Fernando no fué menos implacable. Después de Mühlberg, los Estados de Bohemia se habían apresurado á someterse; los nobles, cuyas tergiversaciones habían ocasionado la derrota, se la hicieron pagar á las ciudades, que fueron despojadas de sus bienes, privadas de sus privilegios y sometidas á la autoridad del subchambelán del rey. Los cambios introducidos en el culto fueron anulados; los Hermanos que habían dado á la rebelión los oradores más osados, fueron cruelmente perseguidos; muchos tuvieron que optar por el destierro y se refugiaron en Polonia. Fernando, hartado para tocar á los privilegios del país, quería siquiera que se resolvieran en su favor algunos puntos dudosos. Antes de inaugurarse la Dieta, fueron ejecutadas cuatro personas en la plaza de Hrachany (22 de Agosto de 1547), por lo cual se la llamó la *Dieta sangrienta*. La Asamblea entendió la advertencia, proclamó hereditaria la corona en la familia de Habsburgo y reconoció las usurpaciones preparadas por 20 años de una política avisada y perseverante. «El reino de Bohemia está ya completamente sometido», escribía en 1548 el embajador veneciano. Algo exagerada resultaba la frase, y bien sabía Fernando que no sería tan fácil restablecer la autoridad del papa como la del rey. Pero contaba con el tiempo, con la velocidad adquirida, con la progresiva invasión de las administraciones centrales, que iban extendiendo su acción en detrimen-

to de la autonomía del país. Había aplastado á sus más formidables adversarios, hiriendo á los Hermanos y á las ciudades que representaban el elemento democrático y dejaban penetrar un soplo popular en los Estados. La nación estaba ya completamente separada de los negocios públicos; las luchas que se entablaron en la Dieta no fueron más que un duelo entre el príncipe y un puñado de oli-

crisis formidable, le había librado de sus últimos motivos de inquietud. Alemania aguardaba sus voluntades, abrumada y dócil. La resistencia procedía de la parte de donde menos se pensaba: del Papado. Pablo III tenía poco que agradecer al emperador en Italia, pero aunque guiaban su política consideraciones de familia, es un poco pueril reconvenirle, como suele hacerse, porque en



El duque de Sajonia, vencido por Carlos V (Grabado antiguo)

garcas, cada vez más aislados y más débiles, porque no tenían más guía que su ambición ó su capricho. La caída de las libertades municipales hizo así inevitable la ruina de las políticas, y la batalla de Mühlberg se nos figura el prólogo de la Montaña Blanca.

Fernando formaba un juicio muy claro de la realidad de las cosas; sabía que la fortuna, que ayuda á los audaces, suele traicionar á los imprudentes. Su hermano fué menos cuerdo. El advenimiento de Enrique II, guiado por Montmorency, partidario decidido de la alianza imperial, y la muerte de Enrique VIII, que abría para Inglaterra una

aquellas circunstancias decisivas sacrificó á los intereses de los Farnesios los de la Cristiandad. Por interés de la Iglesia no podía consentir en convertirse en capellán de Carlos, con lo cual habría puesto en grave riesgo su autoridad moral. La devoción indiscutible del emperador era muy invasora, se consideraba igual al papa, vicario de Cristo, ungido del Señor, y su protección se asemejaba al protectorado. Repetidas veces había traspasado los límites del dominio reservado á los laicos, y aun á la sazón pensaba hacer del concilio el instrumento de su dominio. Lo que exigía de Pablo era poco